LA SINRAZÓN DE LA RAZÓN: REVISIÓN DE LA CORDURA EN *FORTUNATA Y JACINTA*

Ricardo Krauel

> [...] vt haud sciam, an ex vniuersa mortalium summa quempiam liceat reperire qui omnibus horis sapiat quique non aliquo insaniae genere teneatur.
>
> (Erasmo de Rotterdam. *Moriae encomium.*)

En *Fortunata y Jacinta* (1887), Galdós nos presenta un universo social rígidamente codificado. La alta burguesía dominante sanciona y legitima su preeminencia político-económica, apoyándose en un severo sistema de valores éticos, morales y religiosos al que han de someterse las relaciones interpersonales que se desarrollan en ese universo social. La propia burguesía rectora, en tanto que parte integrante del conjunto de la sociedad, y para no mermar la legitimidad que habrá de invocar al exigir de las otras capas sociales una conducta acorde con los valores de ese sistema que le sirve para justificar y perpetuar su posición de poder, debe presentarse como obligada también por él. Sin embargo, al constituirse simultáneamente en juez y parte respecto a la aplicación de tales exigencias de conducta, puede concederse a sí misma la posibilidad de transgredir esas normas, siempre que conserve la debida apariencia de respeto a ellas. Semejante estado de cosas va a dar lugar al establecimiento de una doble moral, a la muda exaltación, por parte de los sostenedores del orden burgués, de la hipocresía como principio de suprema utilidad en el desenvolvimiento de las relaciones sociales. Fortunata, una vez iniciada en los secretos de la conciencia burguesa por las enseñanzas de Feijoo —quien, sin embargo, sólo le recomendaba el proceder hipócrita en el caso de que las leyes de la sociedad entraran en conflicto con los impulsos de su corazón (2: 102-03, 120, 143-44)—, resume perspicazmente la situación en una frase escandalosa[1] cuando se entera de que su cuñado, Nicolás, ha recibido una canonjía gracias a las relaciones adúlteras que ella ha mantenido con don Evaristo: "Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida" (2: 215).

El doble criterio de que se vale la clase dominante para medir las conductas sociales (criterio laxo respecto de sí misma, y severo respecto de las clases sometidas) va a tener en la novela una plasmación, tan intensa como sugestiva para el análisis, en relación con la elaboración del significado de las nociones de locura y cordura. Michel Foucault, en su *Historia de la locura en la época clásica*, ha mostrado cómo, a partir del advenimiento de la modernidad, la locura se convierte esencialmente en una construcción ideológico-moral, al ser inscrita en el espacio heterogéneo, indiferenciado y desocializado de la "sinrazón," junto con las transgresiones de la moral sexual familiar, la profanación de lo sagrado, el libertinaje y la prodigalidad. El orden burgués se defiende de estas amenazas contra su integridad, prohibiéndolas "de un solo gesto," y les señala el destino excluyente común del internamiento (1: 132-33). El mundo representado

en *Fortunata y Jacinta*, aunque inserto en un momento histórico en que la conciencia y la experiencia de la locura han variado ya sensiblemente respecto a lo que eran en el período estudiado por Foucault, desplazándose hacia la rehumanización, la singularización y la consideración analítica del loco a partir del reconocimiento de su voz mediante el diálogo, conserva, sin embargo, huellas de dos importantes aspectos de la concepción de la locura vigente en los dos siglos anteriores: por un lado, la exclusión o "exilio" del sujeto alienado,[2] con el mantenimiento, en un sentido literal, actual, de ciertas formas más o menos evolucionadas de la institución del internamiento, y con la proyección de esa exclusión o exilio a un plano figurado, al negársele al sujeto el acceso a un espacio propio y reconocido dentro de la organización social; por otro lado, la confusión de la locura con ciertas conductas que atentan contra los principios ideológico-morales (sexuales, familiares, religiosos, económicos, etc.) asumidos por el orden burgués como bases de su constitución. No obstante, la conservación de estas huellas, inequívoca en el nivel de los conceptos manejados por esta sociedad, va a ser sometida a un filtro discernidor cuando se desciende al nivel de la práctica de los hechos, de tal suerte que los agresivos mecanismos de exclusión y de defensa social sólo se van a poner en juego cuando tengan por destinatario a un individuo de las clases no privilegiadas. Esta situación es puesta de manifiesto en *Fortunata y Jacinta* sin que se concrete en una denuncia explícita. No siempre va a ser fácil distinguir el punto en que la novela está participando de la perspectiva sobre la locura (o al menos aceptándola, sin cuestionarla) vigente en la sociedad representada, de aquél en que nos está mostrando dicha perspectiva con un afán crítico. En una primera lectura, se podría asumir sin dificultad la división "cordura/locura" que, de manera poco problemática, parece aceptarse en el mundo representado: los tres personajes que padecen trastornos mentales son Maxi, Ido y Mauricia.[3] Sin embargo, si examinamos minuciosamente el texto, nos encontraremos con una tupidísima red de referencias a delirios, visiones, ofuscaciones y manías con respecto a los demás personajes, red que apunta a un tratamiento demasiado sistemático de la cuestión como para que sea considerada una mera proyección de un registro coloquial del lenguaje, y que produce como efecto un enturbiamiento de aquella nitidez de fronteras entre "locura y cordura." Ello está en consonancia, además, con la fruición con que Galdós ha explorado cervantinamente la "razón de la sinrazón" de los tres personajes "oficialmente" perturbados. La antinomia "locura/cordura" es objeto, por tanto, de una elaboración bastante compleja (descenderemos en seguida a los detalles) en la obra; pese a las apariencias iniciales, "locura y cordura" se proyectan hacia el entrecruzamiento y la reversión, y se mistifican aún más por la interferencia descompensadora de las estructuras de dominación de unas clases sociales sobre las otras. Es posible, no obstante, y por si ello tiene alguna relevancia, que esta complejidad no obedezca por entero a un plan trazado con plena conciencia por el novelista. Decimos esto porque, como ya hemos advertido, la obra a veces da la impresión de compartir pacíficamente las concepciones a propósito de la locura imperantes en el mundo representado. Tal acquiescencia no se compadece muy bien con la imagen tan poco favorecedora de la sociedad burguesa que Galdós nos deja al haber puesto al descubierto los dudosos entresijos sobre los que se alza la fachada de la razón públicamente instituida y exaltada. De esta manera, la ideología galdosiana queda en un punto no del todo determinado dentro del arco que tiene por extremos las propuestas de conservación o disolución del orden establecido. Acaso la novela haya ido en este sentido por sí sola más allá de lo que le tenían deparado los designios del novelista.

Empecemos hablando un poco de la "razón de la sinrazón." Desde hace ya bastante años, cierto sector de la crítica ha venido formulando, a propósito de los personajes "oficialmente" trastornados, interpretaciones que prestan una dimensión a su locura que contradice la valoración exclusiva o predominantemente negativa (valoración negativa que adquiere la doble manifestación del rechazo y la conmiseración) que se realiza desde la perspectiva racionalista-burguesa que ocupa las instancias de poder en el mundo representado. Una de las primeras de esas interpretaciones renovadoras quizá fuera la que, hace poco menos de cuatro décadas, publicara Ricardo Gullón sobre Mauricia la Dura, y que todavía hoy se mantiene como probablemente el análisis más penetrante que se haya hecho de tal personaje. Aunque su visión de Mauricia no estuviera del todo exenta de los prejuicios de la mentalidad burguesa sobre la locura,[4] incluía apreciaciones tan sugerentes como éstas:

> Mauricia [...] vive más acá o más allá del bien y del mal. [...] Paradójicamente, para encontrarse sigue el camino de la enajenación; deja de ser Mauricia para hacerse hoguera, y entonces se convierte en ella misma. [...] Es la fuerza de lo irracional y no puede adaptarse a los moldes corrientes; pierde la cabeza, la razón; pero, tras perderla, sigue teniendo razones de otra índole: fisiológicas, sentimentales, emocionales. [...] Es la vida en cuanto caos. [...] Y a la vez tiene un aspecto positivo, afirmativo. Es la protesta, la rebeldía contra la vida miserable, contra la vida mediocre, conformista y aburguesada del Madrid decimonónico. [...] La extraordinaria figura de Mauricia ofrece permanente esperanza, porque en su disparate y su locura entraña una posibilidad de luchar contra el mundo de lo absurdo. (*Galdós* 222-24).

En esta misma línea se sitúan comentarios como el de Francisco Romero Pérez, quien, después de haber citado a Gullón, observa que la rebelión de Mauricia "is seen as a declaration in search of liberty for the individual" ("The Grandeur" 113); o, ya con respecto a Maxi, consideraciones como las de Carlos Blanco Aguinaga ("Maxi [es] el único de los personajes que [...] opta por la absoluta libertad interior. Pero a eso, claro está, se le llama locura y es socialmente intolerable; pasará, por lo tanto, el resto de su vida en Leganés" [84]) y las de Eduardo Urbina ("La autosuficiencia que muestra al ser ingresado en Leganés es [...] síntoma ambivalente del descubrimiento de los poderes de su yo íntimo, potencial vía de redención y anuncio de una nueva quimera" [398]); o, en un nivel todavía más abarcador, las apreciaciones de Gonzalo Sobejano, que trascienden ya a los personajes de *Fortunata y Jacinta* para referirse también a los de novelas posteriores:

> A partir de *Fortunata y Jacinta* lo que más importa a Galdós es el hombre en su esfuerzo por elevarse a un ideal trascendente, llámese caridad, libertad, maternidad, amor verdadero, [...] santidad, misticismo o *locura*. Abundan entonces los *videntes*, los temerarios, los *enajenados*, los suicidas. [...] La voz que se distingue entre los rumores de la multitud es la voz de la conciencia aislada, puesta frente a su verdad íntima en el reducto —oscuramente diáfano— de la soledad. (346-47; el énfasis es mío)

Estas opiniones dan testimonio de que en la novela hay signos de una concepción de la locura como búsqueda de autenticidad, como único refugio —y, por lo tanto, no necesariamente voluntario— ante el asedio irresistible de la hipocresía y la intransigencia de la falsa razón

entronizada, como declaración de inconformidad frente a los poderes consumados en una sociedad que se percibe esencialmente injusta. En ciertos momentos pudiera incluso entenderse que la obra confiere a la locura un sentido casi de logro heroico, de índice de suprema sabiduría en tanto que desdén por un entorno viciado y viciante, de vía de acceso a la felicidad y a la realización personal; pudiera, en suma, entreverse en la novela una proyección de la noción del delirio como "don magnífico" que Sócrates propugna en el *Fedro* de Platón: "el delirio, que viene de los dioses, es más noble que la sabiduría que viene de los hombres" (372); o del confiado aserto de la Locura erasmiana: "nullum esse mortalem qui suauiter viuere possit, nisi meis initiatus sit sacris meque propiciam habeat" ["ningún mortal puede vivir felizmente a menos que haya sido iniciado en mis misterios y posea mi favor"] (176; la traducción es mía). Sin embargo, Galdós nunca (al menos todavía en *Fortunata y Jacinta*) termina de conceder un crédito sin reservas a la alternativa de la locura; por el contrario, complaciéndose seguramente en uno de sus típicos juegos de ambivalencia e ironía, se aplica a desconstruir rápidamente (eso sí, para reconstruirlo después, y así sucesivamente) el postulado de la sinrazón, en nombre de la necesidad de adaptarse con el mejor provecho posible en un mundo práctico que, por más inicuo y despreciable que sea, es el único al que irremisiblemente hay que acabar enfrentándose. Como ha notado Chamberlin, Galdós advirtió con claridad que los idealismos de raigambre platónica acarreaban para los hombres y mujeres de la sociedad moderna el peligro de una insostenible desconexión con la realidad ("Idealism" 49).

En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que el significado de la "razón de la sinrazón" en la novela hay que buscarlo más allá del nivel meramente literal en que se plasma en el capítulo de ese título, capítulo en el que la locura es precisamente objeto de una percepción bastante despiadada al presentarse una "razón" ridículamente rigurosa como presupuesto de ella. Habría que buscarlo, incluso, más allá de aquellas muestras de perspicacia que los personajes que pasan por mentalmente trastornados ofrecen en ocasiones, y que evidencian un grado de comprensión de las implicaciones profundas de las realidades, superior al que exhiben algunos de los personajes pretendidamente cuerdos. Muestras de este tipo serían, por ejemplo, la agudeza con que Mauricia interpreta y predice la actitud de Juanito con respecto a Fortunata (2: 180), o el sagaz análisis que hace Maxi de la historia y consecuencias de su matrimonio (2: 461); debe contarse también en este sentido con la capacidad que tanto Maxi (2: 462) como Mauricia (1: 664), e incluso Ido —el cual, significativamente, sólo se siente comprendido por Maxi (2: 426)—, demuestran para contemplar desde una distancia autocrítica sus propios trastornos. Pero, como decimos, la verdadera "razón de la sinrazón" quizá haya que buscarla en una instancia diferente y de mayor calado; dicha instancia podría vincularse al hecho de que las locuras de Maxi, Mauricia e Ido constituyan una necesidad impuesta por las estructuras de dominación de unas clases sociales sobre otras. La "razón suprema de la sinrazón" sería, así, una razón ética, una razón de las víctimas sociales, razón exaltada por la viva sensibilidad social de Galdós.

Es interesante, en efecto, comprobar cómo alrededor de las locuras de estos tres personajes existe un tramado de implicaciones que, en último término, revelan un movimiento de aseveración, coerción y manipulación en pro de intereses egoístas, por parte de la clase dominante. Maxi paga con la locura la mera posibilidad de haber amenazado, con su proyecto de inserción social de Fortunata y de la consiguiente reglamentación moral de la vida de ésta, el acceso expedito de Juan a la inmediata satisfacción de sus caprichos. Mauricia encarna la voz

intolerablemente elevada de la inconformidad, de la sinceridad, del atrevimiento procaz para decir lo indecible, de la proclamación de la falsedad del velo pacato que cubre el rostro de la sociedad; Lucille Braun observó cómo su insumisión compromete el mayor de los tabúes sociales: "The threat she offers to society includes what is most repressed—sexuality" (286). Ido, en fin, subviene con su locura a la necesidad de solaz del señorito burgués ocioso y ávido de distracciones "estimulantes": su intervención más sobresaliente en la obra es seguramente la correspondiente a aquella escena —la primera en que aparece— en que sirve de bufón involuntario a Juanito (1: 297 y ss.). No estará de más insistir, sin embargo, en que la novela no va a aparejar constantemente —ni con la misma intensidad cuando lo haga— esta "razón" ennoblecedora y prestigiosa a la locura; Galdós, como indicábamos, no construye al respecto un argumento cerrado y unívoco. Las perturbaciones mentales van a estar sometidas en el texto a otros cometidos que, aunque no siempre sean contradictorios con esta "razón" de que hablamos, se presentan dotados de una entidad suficiente para justificar por sí solos la introducción de la locura en la construcción de la obra. Destaca en este sentido la utilización de la locura como fuente de situaciones cómicas (lo que precisamente da lugar en ocasiones al empleo de una perspectiva distanciada y ridiculizante, no demasiado bien avenida con una consideración redignificadora de los trastornos), como socorrido —y enormemente fértil, sobre todo en el caso de Maxi— recurso de caracterización, o como punto de arranque de importantes vertebraciones en la trama.[5] Por supuesto, este tratamiento polisémico y polifuncional de la locura está en cuantiosa —y reconocida— deuda, como se ha advertido en numerosas ocasiones, con el inevitable magisterio de Cervantes.

Pero hagamos ya, como Alicia, nuestro viaje a través del espejo, y asomémonos al otro lado del eje de simetría para encararnos con la "sinrazón de la razón," esto es, con aquella densa red de referencias a irregularidades de la condición mental de los personajes pretendidamente cuerdos. La primera figura que nos vamos a encontrar en nuestro periplo es la de Fortunata, y ello porque puede considerarse que la esposa de Rubín sirve de puente entre uno y otro ámbito. En efecto, Fortunata comparte, en cierto modo, con Maxi, Mauricia e Ido esa condición de víctimas sociales que adquiere en ellos distintas manifestaciones, si bien, al tener algún poder de afectar los intereses de la clase dominante (de ella depende la satisfacción del ansia de placer de Juanito, y a ella habrá de recurrir la familia Santa Cruz para poder tener un heredero), no es, en último término, completamente despreciada y segregada socialmente por dicha clase. Ido es desplazado por la sociedad hacia el espacio menos cualificado de cuantos quepa imaginar, el de la irrelevancia, que casi vale tanto como decir el de la inexistencia: su vida no acabará siendo más que un tenue pretexto para que alguna dama elegante realice algún modesto acto de caridad. Para Maxi y Mauricia se abre el vacío excluyente del internamiento, en Leganés el uno y en las Micaelas la otra, si bien la Dura, en el gesto de la suprema asocialidad, trasciende la capacidad de deglución de la institución donde es encerrada, la cual no puede menos que expulsarla de su seno, pero para que se precipite al poco tiempo en el único espacio disponible, una vez sobrepasado el internamiento, el espacio de la muerte. Con Fortunata, sin embargo, el encierro sí va a presentar una virtualidad de reforma —en la práctica, su capacidad "correctora" sólo se ilustra con el fracaso—, sí va a dejar abierta la puerta a la reinserción social, aunque, curiosamente, a largo plazo se va a demostrar que el sentido de su situación no difiere mucho del que respecta a Mauricia, pues el conflicto que plantea su desubicación social sólo se podrá resolver con la muerte.

A propósito de Fortunata se revela con toda claridad el carácter de construcción ideológico-moral que tiene la locura en el mundo representado en la novela. Reiteradamente, los personajes que encarnan el orden establecido vinculan a la pertubación mental las manifestaciones de los impulsos afectivos de Fortunata —señaladamente las derivadas de su amor por Juan— que comprometen el decoro y la pacífica conservación del diseño consolidado de la jerarquía social. Así, los comportamientos transgresores de Fortunata hacen que doña Lupe la califique de "loquinaria" (2: 260, 441); Nicolás Rubín, que ya se había referido a la pasión de su futura cuñada por Juanito como "enfermedad de la imaginación" (1: 567), ratifica, tras consumarse la infidelidad después de la boda, que dicha pasión constituye una "maldita ilusión" (1: 718), y, renovando esa vieja concepción, según la cual todas las heterogéneas "desviaciones" que son confundidas bajo la categoría indiferenciada de la sinrazón se consideran monstruosas (es decir, se confinan en la mayor de las otredades, frente a la que una oscura mezcla de odio y terror aconseja el recurso a la violencia más incompasiva y vehemente), le dice a la joven: "La tuve a usted por extraviada, no por corrompida, y ahora veo que es usted lo que se llama un monstruo" (1: 715). Incluso a Ballester, la incondicional y expeditiva devoción de Fortunata por Juanito se le representa como muestra de desequilibrio mental: "¡Ay, qué mujer!," se dice a sí mismo, "Está tocada, tan tocada como su marido" (2: 324).

Como es sabido, a lo largo de la novela Fortunata va dando expresión a una serie de "ideas" (o, si se prefiere, a distintas facetas y ramificaciones de una misma "idea") que emanan de la lógica de los sentimientos y de las exigencias y condicionamientos de la naturaleza, y que se erigen para ella en permanente y supremo norte de conducta, así como en índice e instrumento de autoafirmación personal. Fortunata siente que es la verdadera esposa de Juanito y que es superior a Jacinta por poder tener hijos; concibe la solución de quedarse con Juanito a cambio de entregarle un hijo a Jacinta, y, finalmente, en la antesala de la muerte, y convencida ya del todo de que posee un carácter tan "angelical" como el que pueda tener cualquier dama "decente" y distinguida (singularmente, Jacinta), determina ofrecerle desprendida y "gratuitamente" un heredero a los Santa Cruz. Estas "ideas," salvo la última, atropellan por las convenciones sociomorales al uso y desafían el orden y la disciplina de clases (de manera gráfica y reveladora, el narrador compara a Fortunata cuando profiere una de ellas con "[e]l anarquista que arroja la bomba explosiva para hacer saltar a los poderes de la tierra" [2: 250]; unas líneas más abajo, ratifica Guillermina Pacheco: "Con esas ideas, pronto volveríamos al estado salvaje"); en consecuencia, van a ser aparatosamente tachadas de intolerables indicios de sinrazón por quienes están cómodamente integrados en el sistema social vigente. De este modo, por ejemplo, Guillermina piensa: "esta mujer está loca" (2: 248), cuando Fortunata le comunica su creencia de que está por encima de Jacinta por el hecho de ser capaz de concebir hijos. El propio narrador, que, como ha observado Geoffrey Ribbans, "clearly functions within the world of the prosperous bourgeoisie and accepts its values without question ("Notes" 92-93), achaca a "[una] cabeza llena de extravagancias" la ocurrencia del intercambio de hijo por marido (1: 695); también calificará de "enormes disparates" las convicciones de Fortunata de que ella es la auténtica esposa de Juan y de que Jacinta se lo ha robado (2: 83), y, poco después, volverá a presentar como "locura" la decisión de la joven de reivindicar airada y terminantemente ante Jacinta lo que ella considera que son sus derechos (2: 84). Hasta en el lecho de muerte le será aplicado a la esposa de Maxi por el padre Nones el diagnóstico de "cabeza trastornada" por afirmar con

insistencia que ella es tan "ángel" como Jacinta (2: 528). Significativamente, como indicábamos, la única "idea" de Fortunata que no se va a atribuir a demencia por parte de los representantes del orden establecido es la de la cesión desinteresada de su hijo a la familia Santa Cruz, y ello, claro está, porque tal idea conviene a los intereses de la clase dominante; con indudable intención, sin embargo, Galdós hace que a Fortunata se lo ocurra esta idea entre el desvanecimiento y la confusión de los sentidos, es decir, cuando está verdaderamente privada de un completo dominio de la razón (2: 518 y ss.).

Las pretensiones de Fortunata de acomodar la realidad de los hechos al contenido de sus "ideas" van a estrellarse, pues, repetidamente, contra el espeso muro de las convenciones socio-ideológicas instituidas. Como resultado de la desigualdad entre las fuerzas contrapuestas, la capacidad de resistencia de Fortunata no siempre va a poder asimilar, sin padecer menoscabo, los efectos de esta situación de continuado enfrentamiento: su equilibrio mental resultará efectivamente comprometido en diferentes ocasiones por trastornos, y valga la expresión, "empíricos" o "sensibles." Por ejemplo, el ver por primera vez a Jacinta en las Micaelas le produce tal impresión que durante los días subsiguientes se le figura que la esposa de Juanito se le aparece en diversos lugares; asimismo, la desasosiegan durante la vigilia "desvaríos" semejantes a los que se le representan en las horas de sueño (verbigracia, creer que Jacinta y ella "transmigraban recíprocamente," adoptando cada una la figura de la otra (1: 625-26). Cuando Juanito le comunica hipócritamente que, en nombre de las conveniencias sociales, se ve obligado a romper las relaciones que mantiene con ella, se entrega "a las mayores extravagancias," a "decir mil disparates en alta voz, lo mismo que si delirara," en medio de una "agitación epiléptica" (2: 82); esa noche, horas después de haber ido hasta la casa de los Santa Cruz con la intención, luego desechada, de enfrentarse con Jacinta,[6] sólo consigue conciliar el sueño durante muy breve rato: "a la media noche ya estaba despierta y muy excitada. Dorotea [...] la oyó cantando, a media voz y con las manos cruzadas, las coplas místicas de las Micaelas" (2: 87).

Es interesante, a este respecto, considerar la repetida asociación que se establece en la novela entre trastornos de la razón y experiencias de contenido religioso. Foucault, en su ya mencionada *Historia de la locura*, dejaba constancia de cómo "Las creencias religiosas preparan las conciencias a la aceptación de una especie de paisaje imaginario, un medio ilusiorio favorable a todas las alucinaciones y todos los delirios," y nos hacía recordar que la propia *Encyclopédie* advertía ya en el siglo XVIII que "Las impresiones muy fuertes que producen ciertos predicadores demasiado exagerados [...] provocan asombrosas revoluciones en los espíritus débiles" (2: 45-46). Más adelante, Foucault continuaba abundando en la misma idea: "Fuente de emociones vivas y de imágenes terroríficas que suscita por el temor al más allá, el catolicismo provoca frecuentemente la locura; hace nacer creencias delirantes, engendra alucinaciones, conduce a los hombres a la desesperación y la melancolía" (2: 234). Como es sabido, uno de los temas que con más recurrencia atrajo el interés de los novelistas de la Restauración fue precisamente la exploración de las derivaciones "enfermizas" de las vivencias religiosas o "místicas," especialmente con referencia a personajes femeninos (recordemos a la María Sudre de *La familia de León Roch* [1878], a la María Elorza de *Marta y María* [1883], a la Ana Ozores de *La Regenta* [1885], a la Obdulia Montesinos de *La fe* [1892], etc.). Al adentrarse en la consideración de estos comportamientos más o menos patológicos, los novelistas normalmente dejaban al descubierto el sentido que llevaba aparejado la religión en la sociedad de la época como instrumento de

represión de la espontánea manifestación y satisfacción de los impulsos afectivos de los individuos, y como estructura al servicio del cumplimiento de los intereses socio-políticos de la clase dominante.

Uno de los "delirios" de Fortunata ilustra con toda claridad de qué modo la religión se asocia a este cometido de preservar los intereses de la alta burguesía, y cómo tal vinculación llega a ser tan íntima y tan incontestablemente establecida que hasta los integrantes de clases menos favorecidas la perciben como algo natural, sin reparar en la convenida maniobra ideológica que la determina. Me refiero al episodio en que Fortunata cree que "la idea blanca," esto es, la hostia consagrada contenida en una custodia, le dirige un largo sermón reconviniéndole por pretender disfrutar de un amor que transgrede las leyes de la sociedad. Le "dice" la hostia, entre otras cosas:

El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¿Te parece fácil que Yo haga casar a los señoritos con las criadas o que a las muchachas del pueblo las convierta en señoras? ¡Qué cosas se os ocurren, hijas!
[...] Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse a Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán. [...] Conque resignarse, hijas mías. (1: 635)

La "alocución" de la hostia está salpicada de expresiones pertenecientes al idiolecto de Fortunata ("cuanti más," "indilugencia," etc.), que revelan que es, por así decirlo, la "voz de la conciencia" de la joven la que está articulando semejantes conceptos. Con ello se ilustra cómo la clase rectora ha conseguido que los individuos de las clases sometidas internalicen, contra su propio interés, el discurso diseñado por aquélla,[7] el que favorece y garantiza su posición de privilegio. La circunstancia de que la "forma" recurra a la autoridad del capellán para dar sanción a sus argumentos es, por lo demás, suficientemente indicativa de la cerrada alianza que el poder religioso mantiene con quienes detentan el poder económico. Y las palabras con que concluye nuestra cita evidencian, en fin, la nula posibilidad de mejoramiento o emancipación que se les concede a los que se encuentran en una situación de desventaja social; de manera muy significativa, la intervención de la "idea blanca" terminará con una admonición correlativa que predice el rigor represivo que habrán de sufrir quienes osen desacatar los dictados del orden impuesto: "Conque, cuidadito..." (1: 635).

Como ya ha sido advertido reiteradamente por la crítica, esta alucinación con la hostia anticipa de algún modo los delirios místico-alcohólicos de Mauricia. En contrapartida, y como también se ha subrayado con frecuencia, la sombra influyente de la Dura se perfila tras muchos de los comportamientos "transgresores" de Fortunata; podríamos decir, adoptando por una vez la perspectiva racionalista-burguesa imperante en el mundo representado, que Mauricia le "presta" a aquélla un poco de su locura. Así, la instigación de Mauricia (2: 197) servirá de poderoso acicate para que Fortunata acabe de decidirse a enfrentarse con Jacinta; curiosamente, sin embargo, en el momento en que la Dura, entre intensas agitaciones, le expone los "expeditivos" procedimientos de que ella se valdría si estuviese en su lugar, la esposa de Rubín, acusando una vez más esa internalización a que hemos aludido, y sin que, por supuesto, ello vaya a impedir que a la larga termine acomodando su proceder a lo que su amiga propone, califica lo dicho por

ésta como "mil disparates" (2: 197). En todo caso, Galdós no ha querido que el lector pudiera pasar por alto la importancia que a Mauricia cabe atribuir como desencadenante del susodicho enfrentamiento, y va a hacer que éste ocurra en una habitación contigua a la que acoge a la Dura durante su enfermedad: el espíritu de la "mujerona" va a estar así presente de una manera casi palpable mientras se desarrolla toda la escena. También es posible reconocer el influjo de Mauricia en el proceder de Fortunata en el segundo altercado que ésta tiene con Jacinta (2: 252), y en el "ajuste de cuentas" que le hace a Aurora ya casi al final de la novela (2: 479-82). La conducta de Fortunata en estas tres "afirmaciones de derechos" va a ser interpretada, bien por el narrador, bien por otros personajes que de alguna manera encarnan el orden establecido, como reflejo de perturbaciones de la razón. Así, en la primera de estas ocasiones, se nos dice que Jacinta, al observar a Fortunata momentos antes de que ésta se encarara con ella, "sospechó si aquella mujer padecería enajenación mental" (2: 207); en la segunda, el narrador nos presenta a la mujer de Maxi con los síntomas de un alienado fuorioso: "Sus ojos negros, situados contra la claridad del balcón, parecía que se le volvían verdes, arrojando un resplandor de luz eléctrica. Al propio tiempo dejó oír una voz ronca y terrible" (2: 252); y en relación con la tercera, le dice Guillermina a la propia Fortunata: "usted no tiene la cabeza buena" (2: 489). También con respecto a las tres ocasiones se va a producir en Fortunata aquel mencionado padecimiento de efectos posteriores, en forma de trastornos "objetivos" de las facultades mentales, como resultado de no haberse atenido al dócil y resignado comportamiento que la sociedad exige de ella. De este modo, poco después del primer incidente con Jacinta, sufre, cuando llega a su casa, un "delirio tranquilo" (2: 210), y, horas más tarde, ya acostada, pero aquejada de insomnio, cree "ver ojos, que en aquella profunda oscuridad la miraban" (2: 214). Tras el segundo enfrentamiento, entra en su domicilio "Enteramente trastornada" y se encierra en su alcoba: "se echó en el sofá, dando un rugido. Después de revolcarse como las fieras heridas, se puso boca abajo, oprimiendo el vientre contra los muelles del sofá, y clavando los dedos en un cojín. No tardó en caer en penoso letargo, lleno de visiones disparatadas y horribles" (2: 254).[8] Y, por último, después de la agresión a Aurora, padece igualmente agudísimos trastornos, en el curso de los cuales propondrá a Maxi "con exaltación delirante" que asesine a la nueva amante de Juanito (2: 498).

Ricardo Gullón analizó perspicazmente el modo en que la influencia que ejerce Mauricia en el ánimo de Fortunata se complementa con la que ejerce Guillermina (*Técnicas* 139, 159-67): se trata de dos personajes que se nos presentan como dos polos aparentemente contrapuestos, ambos investidos a su manera de un sentido religioso (una parece encarnar lo demoníaco, otra lo angélico), pero entre los que se entabla un flujo de transferencias que acaba, hasta cierto punto, invirtiendo las posiciones originales. Esta complementariedad "movible," como la llama Gullón, constituye un sutil expediente por el que la novela está marcando sus distancias frente a la asignación e interpretación de valores que domina en el mundo representado. Pues bien, la impresión que recibe el lector del entrelazamiento de los dos personajes tiene su origen, en buena medida, en dos pasajes en los que Fortunata está sufriendo alteraciones de sus facultades mentales. El primero de ellos es el tan citado fragmento, en que, tras la muerte de la Dura, tiene por la noche, durante un período de insomnio, visiones en las que se confunden las imágenes de las dos mujeres (2: 237); el segundo es aquél en que, después de haberse enfrentado a Jacinta, y antes del momento (a que nos hemos referido pocas líneas más arriba) de entrar en su casa, va

hablando sola mientras camina por la calle, y profiere estas palabras: "¡Lo mismo que la otra, la *señora* del Espíritu Santo...! Doña Mauricia, digo, Guillermina la Dura... Quiere hacernos creer que es santa ... ¡Buen peine está! [...] Mauricia, no estés más entre las ánimas benditas, y vuelve a vivir... Mira que estoy huérfana, y yo y los huerfanitos de tu asilo estamos llorando por ti... Los pobres que tú socorrías te llaman" (2: 254). Gullón, en el lugar mencionado, reparó igualmente en que el paralelismo de Mauricia y Guillermina se proyecta en las figuras de Fortunata y Jacinta, a quienes también se atribuyen, respectivamente, valores demoníacos y angelicales, y en quienes también se va a terminar produciendo, como es sabido, un cierto entrecruzamiento de cualidades. De nuevo Galdós ha querido mostrar esta confluencia entre las dos protagonistas, resultado, en cierta medida, del ansia de Fortunata de parecerse al "modelo" de Jacinta (ansia que, por lo demás, constituye otro ejemplo de aquel proceso de interiorización de los paradigmas de juicio y valor burgueses a que es sometida la esposa de Maxi), ha querido mostrarla, decimos, al menos en determinado momento, valiéndose de un término alusivo a una irregularidad de la condición mental de la joven: "¡Manía de imitación!," exclama el narrador, refiriéndose al deseo de Fortunata de adoptar a un huérfano, deseo derivado de ese susodicho afán —que ciertamente adquiere matices obsesivos— de asemejarse a la mujer de Juanito (2: 223). Y aún podemos completar nuestro recuento de las alusiones a los trastornos de la razón de Fortunata con otras dos muestras en las que vuelve a advertirse una relación con elementos de contenido religioso: el episodio en que "en el delirio de [un] febril insomnio" se figura que la Virgen le retira su protección (1: 670), y ese otro, en que se nos dice que, al poco tiempo de haber iniciado su relación con Feijoo, le sobrevienen "ciertas intermitencias de manía religiosa," secuelas de su reclusión en el internamiento de las Micaelas (2: 100).

Comentábamos antes que puede entenderse que Fortunata sirve de "personaje-puente" entre los ámbitos de la sinrazón y la razón, tal como aparecen construidos en la novela, porque comparte, en cierta medida, esa condición de víctima social que con diferentes matices se manifiesta en Mauricia, Ido y Maxi. Cabría considerar que José Izquierdo, "Platón," se encuentra asimismo ubicado en ese espacio de intersección. En efecto, el tío de Fortunata aparece relegado a las márgenes del territorio social, sin disponer de los medios necesarios (es analfabeto) para introducirse en el circuito de producción e intercambios sociales: para obtener una remuneración no puede acudir a otro recurso que vender, literalmente, a un niño, miembro de su familia (el "Pituso"), que, además, resultará ser "falso." También en Izquierdo la situación de arrinconamiento social va a reelaborarse para revertir hacia el exterior en la forma de perturbaciones de la mente. Así, se atribuye, plenamente convencido de que habla conforme a la verdad de los hechos, un fabuloso protagonismo en señaladísimos acontecimientos de la reciente historia política del país, y cree que los más prominentes gobernantes de la República le hacen objeto de una sañuda persecución (1: 337-46). Izquierdo revela estos ilusiorios detalles de su peripecia vital en una larga conversación que mantiene con José Ido. El pasaje le sirve a Galdós para vincular a dos figuras cuyas respectivas circunstancias personales tienen mucho en común (comparten incluso el nombre de pila), creando una escena de "coloquio de locos" plena de reminiscencias cervantinas. Guillermina Pacheco advierte con intuición las líneas de equivalencia que enlazan a los dos personajes, y emite con respecto a ambos un acertado diagnóstico: "¡Ah! la miseria, el mal comer, ¡cómo hacen desvariar estos pobres cerebros!" (1: 373). Pero si "Platón," a diferencia de Ido, no queda definitiva y totalmente circunscrito en el

dominio de la sinrazón es porque la misma Guillermina, en un gesto que contradice el concepto esencialmente desfavorable que de sus labores sociales nos transmite la obra,[9] le abre el camino a la inserción en el mundo socialmente "integrado," al facilitarle la posibilidad de ganarse desahogadamente el sustento como modelo de pintores.

Salvando todas las distancias, el caso de José Izquierdo guarda cierta semejanza con el de otro personaje, con quien, aparentemente, no le une ningún vínculo: Juan Pablo Rubín. El hermano mayor de Maxi, en efecto, se ve durante un prolongado período en una situación de penuria económica, de carencia de ocupación productiva, desplazado a esa zona de vacío social —que tanto atrajo la atención de Galdós— que es la cesantía. Al igual que le ocurriera al tío de Fortunata, su frustración por no disponer de medio de subsistencia se va a traducir —si bien, ciertamente, en medida mucho menor que en el caso de Izquierdo— en la exhibición de comportamientos que son percibidos por otros personajes como signos de demencia. De este modo (y dejaremos aparte el hecho de que abraza temporalmente la causa carlista, aunque tal vez Galdós quisiera sugerirnos que eso también era locura), se aplica a predicar en los cafés, ante quienes quieran escucharle —esto es, placeras, camareros, etc.—, doctrinas filosóficas materialistas con un entusiasmo proselitista que parece anticipar la fiebre filosófico-mística que posteriormente acometerá a su hermano. Los miembros no convencidos de su auditorio pronuncian, al oírle, dictámenes como el siguiente: "este D. Juan Pablo está *guillado*" (2: 45). Incluso Feijoo, al verlo enzarzado en trascendente disputa con Maxi, lo pondrá en plano de igualdad con éste, diciendo para sí: "¡Buen par de chiflados estáis los dos!" (2: 135). Sin embargo, también como en el caso de Izquierdo, Juan Pablo acabará regresando a las esferas de la actividad y de la participación social y, por ende, de la razón; ello ocurre cuando le conceden el puesto de gobernador de una provincia —y aunque, inicialmente, la alegría de la noticia le lleve a pasearse por la calle "como un insensato" (2: 444)—, para su sorpresa y la de quienes le rodean, y, asimismo, para adecuada ilustración de la equidad y el buen tino con que se conduce el orden establecido que se respresenta en la novela a la hora de hacer corresponder las recompensas y los cargos de responsabilidad pública con los méritos de los individuos.

Y entremos ya, por fin, de lleno en el ámbito de la razón "oficialmente" instituida en la sociedad representada, o sea, en el ámbito de los personajes que gozan de una situación socioeconómica plenamente acomodada. Demetrio Estébanez Calderón ha resumido en una útil enumeración los pares de conceptos antitéticos en que, desde el punto de vista del significado, se articula la novela (83). Dichos conceptos podrían agruparse en dos series paradigmáticas: la primera estaría constituida por los términos"naturaleza-pueblo-desorden-revolución-república-perdición," y la segunda por los términos "sociedad-burguesía-orden-restauración-monarquía-salvación." Obviamente, y como también señala Estébanez, esta organización antitética se encuentra proyectada en el propio título de la obra: *Fortunata y Jacinta*. Cada una de las protagonistas encarna los valores recogidos (y que responden a cuatro criterios de clasificación: uno, básico, que opone naturaleza y sociedad; otro, socioeconómico; un tercero, político; y el cuarto, ético-religioso) en la serie correspondiente. Las dos series, no obstante, podrían completarse con la adición de un nuevo elemento: "sinrazón y razón," respectivamente. Completando las series de este modo, y manteniendo la lógica de la distribución, a Jacinta le corresponde aparecer en la novela como la cifra más visible de la razón, de la cordura. Ya sabemos (y ha quedado apuntado antes) que entre las dos protagonistas, sin embargo, se pro-

duce un flujo de transferencias que hace converger, en cierto grado, sus posiciones originales. Para ilustrar en un nivel más dicho efecto de entrecruzamiento, Galdós, así como hacía que Fortunata participara de aquella razón suprema de las víctimas sociales, ha querido que alcance también a Jacinta la sombra de la sinrazón, siquiera sea en el sentido más literal en que ésta pueda entenderse, y lo ha querido hasta el extremo de hacer que el rasgo quizá más señalado del personaje, aquél sin el cual apenas sería reconocible, su deseo de tener hijos, aparezca con todos los visos de una pulsión desmedida, de un afán obsesivo, de una manía. En tales o más contundentes términos, efectivamente, nos son presentadas una y otra vez las ansias de maternidad de Jacinta. Así, por ejemplo, el narrador comenta que dichas ansias le hacían parecer "en ocasiones monomaníaca" (1: 252), que "su mente padecía alucinaciones y desvaríos" (1: 289), que había "días en que se sentía muy tocada de la manía" (1: 289), que le afecta un "increíble caso de delirio" (1: 619). Juanito le dice a ella misma que su razón "se deja alucinar" (1: 413), que sus sentimientos le "hacen delirar" (1: 421), y le comenta a Fortunata: "[Mi mujer] tiene [...] una manía que la trae trastornada. [...] La manía de los hijos. [...] Mi mujer perdió la chaveta" (1: 695). Hasta la propia Jacinta reconoce: "tengo verdadera manía por [los niños]" (2: 207). Trascendiendo el aparente sentido meramente coloquial de algunos de estos pasajes, la novela se va a detener en explorar, incluso, los trastornos sensoriales que a la joven le induce la manía y también los efectos de decaimiento somático que le ocasiona. Recordemos, en este sentido, el episodio en que la "Delfina," tras confundir el maullido de unos gatos con el sonido del llanto de un niño, cree oír tal llanto aun después de que los gatos hayan muerto, lo que motivará que el portero, Deogracias, la mire "como se mira a la persona de cuya razón se duda" (1: 254). Parece significativo, por lo demás, que Galdós haya hecho que un subordinado social llegue a dudar de la razón de quien representa la razón instituida. Recordemos asimismo aquel otro pasaje en que, camino de su "visita al Cuarto Estado," le parece ver hombres ahorcados en las cuerdas de ropa tendida (1: 318). Y, en cuanto a las mencionadas secuelas somáticas, baste consignar aquéllas de que Juanito se hace eco en conversación con Fortunata: "De la pena que le causa su esterilidad, se ha desmejorado, ha enflaquecido, y hace algún tiempo que se está llenando de canas" (1: 695).

Pero, con todo, la penetración de Jacinta en los ámbitos de la sinrazón no se va a agotar en este sentido que hemos llamado "literal," sino que se va a extender a un plano más "abstracto" (es decir, más mediatizado por las construcciones ideológicas), plano donde se va a hacer más patente su aproximación o asimilación a la figura de Fortunata. Así, al final de la novela, y después de que, durante cientos de páginas, se hayan ido aparejando connotaciones de sinrazón a las "ideas" de Fortunata, se nos dice que Jacinta también tiene su "idea," que ella también "rompía con el pensamiento" los "vínculos establecidos por la ley," concretamente, imaginando la consumación de las relaciones amorosas con su primo, Moreno. Curiosamente, la "idea" de Jacinta, como con frecuencia ocurriera con las de Fortunata, se va a hacer coincidir con un momento en el que la esposa de Juanito acaba de padecer un trastorno "objetivo" en su representación de la realidad: ha creído recordar "haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo [de Fortunata]" (2: 534). Esta aproximación a Fortunata en el juego de las nociones de razón y sinrazón resulta todavía más perfilada, si tenemos en cuenta que Jacinta, a su manera, también se configura, según se reconoce explícitamente en un comentario de Nicolás Rubín (1: 718), como "víctima" de las normas sociales, aunque no ya en un sentido económico o de clases,

sino de desigualdad entre los sexos (que, en todo caso, posee asimismo una connotación económica, en tanto que Jacinta recibe de su marido —o de la familia de éste— los recursos monetarios de que puede disponer), pues tiene que padecer, sin que apenas se le permita articular defensa, las infidelidades de Juanito. Como bien indica Francisco Caudet en la edición de la novela que venimos empleando, también Jacinta "tiene que 'entrar por el aro'" (1: 426, nota 303). Por otra parte, hay un detalle que resultaría interesante considerar al hilo de esta cuestión de la confluencia de las figuras de Fortunata y Jacinta, y es que, en determinado momento, la mujer de Juanito asume personalmente con tanto entusiasmo el proyecto de Guillermina de construir un asilo que Moreno Isla exclama: "¡Jacinta metida a santa fundadora!" (2: 241), es decir, le aplica los términos con los que normalmente se identifica a la Pacheco, la confunde de alguna manera con ésta. Es interesante el detalle, decimos, porque añade un elemento más a la apretada interpenetración de los personajes femeninos que nos ofrece la obra, y que, según hemos visto, aparece tan vinculada a las proyecciones de la tensión "razón/sinrazón." A Fortunata le sobreviene la "manía de imitación" de Jacinta, Jacinta concibe "ideas" como las de Fortunata, Mauricia y Guillermina intercambian sus papeles, Jacinta se inviste de las cualidades de Guillermina, la personalidad de Mauricia se reproduce en los actos de Fortunata... Los espacios y atributos individuales están, pues, complejísimamente entremezclados: la razón y la sinrazón se han superpuesto de tal manera que resulta casi imposible determinar quién queda del lado de cuál.

Ocupémonos ahora de Juanito. Con respecto a él vamos a encontrar también una nutrida cantidad de referencias a manifestaciones de sinrazón, referencias que podemos dividir en dos grupos que, no obstante, están en estrecha conexión. En primer lugar, hay una serie de alusiones que se corresponden muy precisamente con aquel sentido moral —y, específicamente, en lo que tal sentido se refiere a "la sexualidad en sus relaciones con la organización de la familia burguesa" y al "libertinaje"— que Foucault advertía que se presta al concepto de sinrazón en la sociedad racionalista moderna (1: 133).[10] Estas alusiones van a producirse principalmente a propósito del período en que Juanito conoce a Fortunata y empieza a mantener relaciones con ella, período al que en el título del cuarto capítulo de la obra se alude significativamente como de "perdición del Delfín." Vuelve aquí a hablarse de los "desvaríos" del joven, y vuelve a explicitarse el contenido que les asignaba su madre: "[Barbarita] entreveía en aquella ignorada página de la existencia de su heredero amores un tanto libertinos, orgías de mal gusto, bromas y riñas quizás" (1: 190-91). Durante su viaje de novios, Juanito evocará ante Jacinta esta época de su vida en términos como éstos: "lo que yo quiero es borrar un pasado que considero infamante. [...] Los pocos años disculpan ciertas demencias" (1: 206); "yo estaba ciego; tenía entonces la manía de lo popular"; "fue el maldito capricho por aquella hembra popular [...] una demencia ocasional que no puedo explicar" (1: 211); "Era una orgía continua. [...] La vecindad estaba escandalizada.[...] Villalonga y yo como dos insensatos..." (1: 212). Curiosamente, para redimir a su "heredero" de este descenso a los "infiernos" de la sinrazón, la sociedad burguesa —esto es, los señores de Santa Cruz— va a recurrir a un peculiar tipo de "internamiento," el cual, como era de esperar, participa poco de los rigores de unas Micaelas o un Leganés: Barbarita determina que ella y su esposo han de llevarse a su hijo a Plencia —donde la familia tiene una residencia de verano "que era como un palacio" (1: 192)— para alejarlo de las "demencias" de la vida capitalina. La operación de "salvamento del Delfín" (como la denomina la segunda parte del título del capítulo aludido) se

completará con el propiciamiento de su definitiva inserción en la patria por antonomasia de la razón burguesa, esto es, en la familia: se le "arregla" el matrimonio con Jacinta.

En segundo lugar, las referencias a manifestaciones de sinrazón en el personaje de Juanito se van a prodigar a propósito del período en que, al enterarse de que Fortunata ha regresado a Madrid, le sobreviene un imperiosísimo anhelo de reanudar las relaciones con ella. Tengamos presente otra vez a Foucault:

> la sinrazón se anexa un dominio nuevo: aquél en que la razón queda sometida a los deseos del corazón, y su uso queda emparentado con los desarreglos de la inmoralidad. Los libres discursos de la locura van a aparecer en la esclavitud de las pasiones; y es allí, en esta asignación moral, donde va a nacer el gran tema de una locura que no seguirá el libre camino de sus fantasías, sino la línea de coacción del corazón, de las pasiones y, finalmente, de la naturaleza humana. (1: 160)

Foucault está hablando del siglo XVIII, pero, como vamos a ver, tal perspectiva sobre la sinrazón continúa siendo ampliamente acogida en nuestra novela. En efecto, ese vehemente impulso pasional que experimenta Juanito, impulso aguijado por las demandas de la naturaleza, de los sentidos, y cuya satisfacción debe pasar por la transgresión de las convenciones morales (el Delfín está ya casado), recibe repetidamente en el texto la consideración de trastorno de la razón. El propio Santa Cruz, al analizar restropectivamente el período en cuestión ante la Fortunata por fin recuperada, reconoce "la demencia en que [...] estaba," el "furor" que le acometía por "ver[la] y hablar[le]"; "¡Cuando supe que habías venido a Madrid, me entró un delirio...! [...] Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo" (1: 689-90); cuando todavía no había conseguido dar satisfacción a su deseo, ya se había lamentado ante Villalonga de la "horrible neurosis" que estaba sufriendo (1: 443). El narrador, por su parte, después de habernos dicho que "Estaba el pobre Juanito Santa Cruz sometido al horroroso suplicio de la idea fija [de reencontrarse con su antigua amante]" —añadiendo así, por lo demás, otra pieza al rico juego que entre "ideas fijas" y "sinrazón" se presenta en la obra (1: 440)—, aludía al "mal de ánimo con mezcla de un desate nervioso" que el conocimiento de la proximidad de Fortunata había desencadenado en el Delfín. Introduciéndonos en el punto de vista de Jacinta, agregaba: "la pobre Jacinta, a todas éstas, descrismándose por averiguar qué demonches de antojo o manía embargaba el ánimo de su inteligente esposo" (1: 442). La obra, incluso, va a hacer —quizás en un rasgo de ironía superior a ése que nos había mostrado al portero, Deogracias, dudando de la razón de Jacinta— que Mauricia se refiera al estado del señorito con estas palabras, pronunciadas ante Fortunata: "el pobrecito [...] dislocado está por ti," "Da pena verle... loquito por ti...," "a donde vayas, él detrás. Créeme que está loco" (1: 666, 668).[11] Pudiera considerarse, a primera vista, que esta manifestación de la "locura" como resultado de las urgencias del corazón y de la fuerza de los instintos aproxima de alguna manera la figura de Juanito a la de Fortunata, cuyo decidido empeño de atender lo que, en contradicción con las convenciones socio-morales, le reclaman sus sentimientos y sus impulsos naturales, también es interpretado, según indicamos, como muestra de perturbaciones de la razón. Sin embargo, y como es obvio, la novela presta un muy diferente cariz a los respectivos deseos de los dos personajes: lo que en Fortunata aparece como pasión sincera, constante y arraigada, sobre todo, en los sentimientos, en Juanito adquiere los visos de un capricho tornadizo, que es abandonado

cuando amenaza comprometer seriamente la estabilidad y el decoro familiar, y que se deriva principalmente del interés o "comezón" carnal. También, significativamente, el grado de severidad con que reacciona el orden establecido frente a sus respectivas conductas es muy distinto: dicho orden, mientras censura con toda vehemencia el proceder de Fortunata, tolera con notable manga ancha —no podía ser menos: Juanito pertenece a la clase que impone tal orden— los devaneos mejor o peor disimulados del Delfín: recordemos al respecto el discurso exculpatorio que sobre el joven articula Guillermina cuando aborda a Fortunata en casa de Severiana (2: 228). De cualquier modo, aquel énfasis en la "carnalidad" de los deseos de Juanito va a penetrar asimismo por otro punto en la órbita de resonancias de la sinrazón en la novela, y ello porque, como ha mostrado Chamberlin ("A Further Consideration"), funciona de correlato estructural de las crisis de demencia que afectan a José Ido cuando ingiere carne. En este sentido, puede ser también interesante ver las alusiones que hay al principio de la obra a "la fiebre de la ciencia" y a "la manía de las lecturas" que le sobreviene a Juanito al final de su vida estudiantil (1: 105, 108) como anticipo irónico —además de como nuevo guiño a la tradición cervantina— de los trastornos que posteriormente le inducirá a Maxi la lectura de libros filosóficos y científicos. En todo caso, dichas referencias representan una muestra más del valor que tiene la novela como "signo de su tiempo." Como dice Foucault a propósito de la modernidad (modernidad que tal vez adquiera su fase más emblemática en la época en que se ambienta nuestra obra), "La civilización [...] constituye un medio favorable para el desarrollo de la locura. Si el progreso de las ciencias disipa el error, tiene también como efecto el de propagar el gusto e inclusive la manía del estudio; la vida de gabinete, las especulaciones abstractas, la perpetua agitación del espíritu y la falta de ejercicio del cuerpo pueden tener funestas consecuencias" (2: 48-49). Finalmente, y como detalle curioso, merece la pena dejar constancia de que, frente a esta espesa red de alusiones a las perturbaciones de la razón de Juanito, se nos dice que en el aspecto financiero —el cual, no lo olvidemos, es el que sirve de fundamento a la prevalencia de su clase— "Jamás hizo locuras" (1: 287).

El sentido mencionado de la sinrazón como reflejo de impulsos sentimentales y demandas del deseo físico que entran en conflicto con los dictados morales "oficialmente" instituidos en la sociedad se va a ilustrar también en otros tres personajes masculinos de la novela: Evaristo Feijoo, Segismundo Ballester y Manuel Moreno Isla. Don Evaristo, en efecto, aunque en el terreno de las actitudes políticas haya superado antiguos furores ("También él había sido loco; pero ya había recobrado la razón" [2: 26]), y aunque asimismo aparezca, en buena medida, como cifra de la máxima circunspección y de la plena capacidad de autodominio, se abandona a una pasión por Fortunata, de la que él mismo se sorprende en los siguientes términos: "Esta mujer me vuelve loco. [...] Si estoy chocho, si no sé lo que me pasa" (2: 95); "La locurilla me ha cogido ya con los huesos duros y con muchas Navidades encima..." (2: 110). Incluso, Galdós, con evidente ironía, ha hecho que este paladín máximo del acomodo a la razón burguesa acabe, literalmente, sus días entre desvaríos, entre repetidos accesos de demencia (por ejemplo, 2: 115, 145-46). Por su parte, la atracción que ejerce Fortunata sobre Ballester también va a dar lugar a lo que se interpreta como "locura" de éste, si bien es cierto que en este caso las alusiones parecen más circunscritas a la mera proyección del registro coloquial del lenguaje, o al empleo del término en un sentido humorístico. Así, Fortunata le dice que necesita que "le cure[n] la cabeza" cuando él le declara el amor que siente por ella. El farmacéutico conviene en el diagnóstico

con el siguiente comentario: "Y creen muchos que la peor cabeza de esta casa es la del pobre Maxi, cuando la mía es una pajarera"; unas líneas más abajo, Fortunata vuelve a confirmar el mismo parecer: "Este Segismundo está ido" (2: 296). Cuando ya ha muerto la esposa de Rubín, admite que ésta le ha inducido "a hacer grandes disparates," e, incorporando un elemento más al que, en ese punto de la novela, es ya tupidísimo tejido de asociaciones entre "ideas fijas" y "sinrazón," reconoce que él también tiene su idea, que no es otra que la última concebida por Fortunata (lo que nos proporciona una nueva muestra de las comentadas "transferencias" entre personajes), a saber, que aquélla en realidad "era un ángel." El propio Ballester califica dicha idea de "delirio" (2: 536). Es interesante, en cualquier caso, constatar que la figura de Fortunata, provista ella misma, según comprobamos, de su propia "sinrazón," actúa, en tanto que encarnación y reclamo de las fuerzas de la naturaleza y el instinto en una sociedad rígidamente convencional, como un muy poderoso generador de "locuras," pues sirve de causa eficiente para el desarrollo de las de tres personajes (aparte, claro está, y con diferentes implicaciones, de la de Maxi): Juanito, Feijoo y Ballester.

En cuanto a Moreno Isla (a quien Joseph Schraibman ya calificaba de "neurotic" [106]), será Jacinta, en un contrapunto tal vez artísticamente algo forzado, la que opere como desencadenante de los "trastornos." Al advertir la intensa atracción que le inspira al rico solterón la mujer de Juanito, le dice Aurora a Fortunata: "Parece mentira que se chifle así un hombre de su edad" (2: 326-27). La propia Jacinta le hará igual observación directamente al interesado: "Parece mentira que un hombre de su edad no sepa ponerse a las órdenes de la razón" (2: 340). Poco más adelante, pensará respecto de él: "Está ya completamente trastornado" (2: 342). El mismo Moreno se representa su pasión en términos equivalentes: "¡Demonio de neurosis [...]!" (2: 331); "No sé adónde diablos se me ha ido la razón" (2: 342); "De gustarme [, Jacinta] pasa a enloquecerme" (2: 343). También él va a entrar en el circuito de transposiciones entre personajes, y así va a asumir como propia la "idea" de Jacinta de querer tener un niño. La idea le penetra con tal ímpetu que llega a creerse que se le aparece y le habla ese hijo que le habría de nacer de la esposa de Juan (2: 343). Para reforzar aún más el evidente paralelismo que desde el punto de vista estructural se da entre las parejas Moreno-Jacinta y Feijoo-Fortunata (paralelismo estructural que, huelga decirlo, deja espacio para las mayores diferencias en cuanto al contenido específico de las respectivas relaciones; de hecho, la de los dos primos quedará reducida a una mera potencialidad), Galdós, que había hecho que don Evaristo sufriera al final de su vida menoscabo en sus facultades mentales, va a mostrar asismismo a Moreno padeciendo trastornos psíquicos poco antes de que le sobrevenga la muerte: en la víspera del día de su fallecimiento será víctima de una intensa "alucinación" durante la que cree que un pordiosero paralítico se introduce en su dormitorio (2: 344, 349). Y, como último ejemplo de las alusiones a las perturbaciones de la razón del primo de Jacinta, podemos dejar constancia de la conversación durante la que Guillermina Pacheco le sugiere que provea los fondos para la construcción de un manicomio, propuesta a la que nuestro personaje, "sonriendo de un modo que le heló la sangre a su generosa tía," ofrece la siguiente réplica: "¡Un manicomio! [...] Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo" (2: 353).

No es ésta, por otro lado, la única referencia que vamos a encontrar en la novela a la irregularidad de la salud mental de la "virgen y fundadora." Su indesmayable e intimidatorio empeño de allegar recursos para sufragar obras de beneficencia es reiteradamente considerado

por quienes tienen que padecer sus importunaciones como índice de desquiciamiento de la razón. En la conversación que acabamos de mencionar, Moreno hablaba de su "manía de los edificios" (2: 353). Varios capítulos antes, al regresar de una de sus estancias en Inglaterra, ya había comentado: "cada vez que vengo a España me la encuentro más tocada" (2: 68). Juanito también certifica: "Esa mujer está loca" (1: 311), y alude a ella como "esa maniática de Guillermina" (1: 314). Las propias amigas de la "santa," nos dice el narrador, "aseguraron que estaba loca" cuando conocieron su proyecto de construir un asilo (1: 265). De cualquier modo, y por más risueñamente que se apliquen estos términos a la Pacheco, la insistencia con que aparecen añade un nuevo matiz a la repetida asociación que entre religión y locura se efectúa en la obra. No olvidemos, además, la aproximación a las esferas de la sinrazón de que el texto hace objeto a Guillermina mediante esa interpenetración con el personaje de Mauricia a que nos hemos referido más arriba.

Tampoco Barbarita va a quedar libre de alusiones a desvíos de la razón. Al referirse a la posibilidad de que la madre de Juanito se riese de su nuera cuando se enterara del episodio del "llanto" de los gatos, el narrador observa: "Hacía mal Barbarita [...] en burlarse de la manía de su hija. ¡Como si ella no tuviera también su manía, y buena! [...] Barbarita tenía la *chifladura* de las compras" (1: 225). Posteriormente, volverá a poner en pie de igualdad las "obsesiones" de la una y la otra (1: 402). Tras esta manía de Barbarita, que pudiera parecer que está desprovista de toda trascendencia y que constituye una simple nota jocosa en la caracterización del personaje, es posible entrever, sin embargo, un grado algo superior de profundidad de intención, en el sentido de que puede estar remitiendo al afán —y al poder— de la clase dominante de "comprarlo todo," incluso la vida humana, como quedará efectivamente ilustrado a propósito del caso del "falso Pituso." Precisamente, Barbarita será incluida por su hijo en el recuento que éste hace ante Jacinta de todos los trastornados que han tenido parte en el desenvolvimiento de tal "caso" (el cual, por lo demás, terminará alcanzando hasta al propio don Baldomero[12]): "fíjate en las personas que te han ayudado al desarrollo de tu obra: Ido del Sagrario, un flatulento; José Izquierdo, un loco de la clase de caballerías; Guillermina, una loca santa, pero loca al fin. Luego viene mamá, que al verte a ti chiflada, se chifla también" (1: 418). Al hilo de ese mismo "caso," Barbarita le hará a Jacinta un comentario que bien habría podido aparecer como epígrafe al frente de la obra:

> Las ideas fijas son contagiosas. Por eso, mira tú, por eso tengo yo tanto miedo a los locos y me asusto tanto de verme a su lado. Es que cuando alguno está cerca de mí y se pone a hacer visajes, me pongo también yo a hacer lo mismo. Somos monos de imitación. (1: 424)

Así, pues, la novela pone en juego, con respecto a los personajes que, según los criterios imperantes en el mundo representado, se encuentran adscritos al dominio de la cordura, un abundantísimo cúmulo de alusiones a trastornos de las facultades mentales.[13] Las principales acciones y deseos de casi todos esos personajes son relacionados, más o menos insistentemente, con irregularidades de la razón. Aun dentro de ese ámbito de la cordura "oficial," se pone en evidencia, más allá de una "inocente" adopción de un nivel familiar del lenguaje, el carácter fuertemente mediatizado por las construcciones ideológico-morales que se presta a la noción de locura en la sociedad retratada en la novela. Por supuesto, tales construcciones se irán proyectando

con un rigor cada vez superior, conforme vayan afectando a individuos que estén menos vinculados a las instancias del poder económico-social. Ullman y Allison señalaban cómo Galdós pertenece al nutrido grupo de novelistas decimonónicos "who perceived the irrationality below the progress of an industrializing world," y destacaban cómo, frente a escritores de otros países, en él esa perceptividad aparecería dotada de un carácter más acusado por las peculiares circunstancias socio-políticas españolas, esto es, por "the façade of rigid conventionality that the 'Restoration' era maintained" (7). *Fortunata y Jacinta* pone de manifiesto que la irracionalidad introducida por el modelo burgués de relaciones socio-económicas acaba revirtiendo contra la misma clase dominante, que se ve prisionera de sus propias normas, que siente cómo se estrellan contra los muros —por ella misma alzados— de una artificiosa sociedad sus deseos más elementalmente vinculados a las espontáneas demandas de la naturaleza. La obra, aunque, como decíamos, no formule directa e inequívocamente una propuesta de disolución del orden establecido, desconstruye las bases de la razón burguesa, mediante la elaboración de un complejo sistema de significación respecto de las nociones de cordura y locura, elaboración, que, insistimos, no necesariamente tiene que responder en todos sus extremos a un plan preconcebido por el novelista, pero que, en cualquier caso, asume también una importantísima función estructural. Desde una perspectiva ética, el texto asigna cuotas de razón que son inversamente proporcionales a las reconocidas por el sistema de valores instituido en el mundo representado. Pareciera que la novela hiciera suya aquella exclamación que profería la Razón volteriana cuando, en el periplo que realizaba por Europa con su hija, la Verdad, llegaba hasta tierras alemanas: "Dieu soit béni! [...] ces gens-ci sont venus enfin à moi, à force de démence" (488). "Locura" y "cordura" resultan así, en nuestra obra, confundidas en una relación especular en la que la primera se carga de razón, y la segunda, de sinrazón.

Brown University

NOTAS

[1] Escandalosa en cuanto que contiene en potencia el desvelamiento del escándalo, la más temida de las desgracias en un mundo social gobernado por las apariencias; por ello, Fortunata confina la frase a su pensamiento, no se atreve a proferirla ante su familia política.

[2] En realidad, esta práctica implica la creación de un círculo vicioso: el sujeto es excluido por estar alienado, pero, a la vez, es la exclusión la que lo separa y lo convierte en alienado, es decir, en enajenado, en "el otro."

[3] Para estos tres personajes pueden consultarse, entre otros, los artículos de Elliott y Kercheville, Shoemaker, Haddad, Garma, Smith, Randolph, Ullman y Allison, Ribbans ("El carácter" y "La personalidad"), Braun, Holmberg, Romero Pérez, Chamberlin ("Poor Maxi's"), Caminales-Heath y Tsuchiya.

[4] Por ejemplo, sugería la "monstruosidad" de la amiga de Fortunata, siguiendo la línea de pensamiento racionalista y excluyente que tiende a considerar la locura —y, en general, cualquier otredad— como monstruosa; pero matizaba inmediatamente diciendo que, caso de que fuera un monstruo, Mauricia sería un monstruo "sagrado."

[5] Recordemos, por ejemplo, que toda la historia del "falso Pituso" tiene su origen en la desaforada fantasía de Ido, o que es una entrevista con el propio don José (quien está siendo víctima en esos momentos

de uno de sus ataques) la que persuade a Maxi de que debe matar a su esposa.

[6] Para un análisis de este episodio, ver Ribbans, "Dos paseos" 742-44.

[7] Otra muestra de tal internalización la encontramos en ese pasaje en que la misma Fortunata califica de "cosa muy atroz" su convicción de que Juanito es su "verdadero marido" (2: 246).

[8] Es interesante notar cómo el narrador expulsa la perturbación mental del ámbito de lo humano al asociarla con la animalidad; dicha asociación también se realizará en distintas ocasiones a propósito de Mauricia (por ejemplo, 1: 655, 2: 197-98).

[9] Concepto desfavorable por cuanto dichas labores obedecen a una iniciativa meramente "caritativa" que, antes que proveer de los medios necesarios para el progreso y la emancipación de las clases no privilegiadas, se identifica con el poder establecido y tiende a perpetuar la situación de desigualdad e injusticia social. J. L. Brooks fue quizás el primer crítico que planteó en este sentido la reconsideración del papel de la "virgen y fundadora" en la novela.

[10] La vigencia que tiene semejante concepción de la sinrazón (en la que, recordemos, se incluye también la prodigalidad) en la sociedad representada en la novela queda explícitamente verificada cuando, en relación con lo que se denominan "los desvaríos" del Juanito recién licenciado (1: 113), se nos indican las conductas a que Barbarita temía que se entregara su hijo: "Temía [...] las pasiones que destruyen la salud y envilecen el alma, los despilfarros, el desorden moral, físico y económico" (1: 112).

[11] Indudablemente, muchas de las referencias a la "sinrazón" de Juanito —y a la de otros personajes de que trataremos a continuación— participan del carácter coloquial que en el lenguaje corriente suelen recibir estos términos, pero asimismo adquieren una mayor profundidad de contenido, tanto por su integración en el "sistema" significativo que a propósito de la locura crea la obra (no hace falta recordar que el valor de los elementos de un "sistema" se define no sólo por el sentido intrínseco o individual que tengan, sino también, y decisivamente, por la posición relativa en que se encuentran frente a los restantes elementos), como por la concurrencia/desconstrucción más o menos irónica que, según estamos comprobando, evidencian con relación a las elaboraciones "serias" del significado de la locura por entonces existentes.

[12] "No me libré," le confiesa éste a su nuera, "del contagio de vuestra manía [...] perdí la chaveta" (1: 426).

[13] Galdós se ha complacido en completar esta pobladísima galería de figuras a las que de una u otra manera se les atribuyen perturbaciones de la razón, haciendo que también tengan su breve rasgo de locura personajes tan menores como don Basilio Andrés de la Caña (a quien el escritor canario, seguramente en homenaje a su maestro, Mesonero Romanos, hace víctima de la "empleomanía" [2: 17]), Sor Natividad (la Superiora de las Micaelas, "Apóstol fanático de la limpieza" que "en viendo una mota, un poco de polvo o cualquier suciedad, ya estaba desatinada y fuera de sí" [1: 606], y a quien Mauricia se refiere como "*tía chiflada*" [1: 611], y Federico Ruiz (sobre quien dice el narrador: "El maldito tenía [...] la demencia de *los castillos*" [1: 411-12], "tuvo años ha la manía de escribir artículos sobre los *Oscuros pero indudables vestigios de la raza israelita en la moderna España.* [...] Me parece que todo aquel judaísmo de mi amigo era pura fluxión de su acatarrado cerebro" [1: 448]).

OBRAS CITADAS

Blanco Aguinaga, Carlos. "Entrar por el aro: restauración del 'orden' y educación de Fortunata." *La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós.* Madrid: Nuestra Cultura, 1978. 49-94.

Braun, Lucille V. "The Novelistic Function of Mauricia la Dura in Galdós' *Fortunata y Jacinta.*" *Symposium* 3 (1977): 277-89.

Brooks, J. L. "The Character of Guillermina Pacheco in Galdós' Novel, *Fortunata y Jacinta.*" *Bulletin of Hispanic Studies* 38 (1961): 86-94.

Caminals-Heath, Roser. "The Madman in Spanish Literature: Cervantes and Pérez Galdós."

Mid-Hudson Language Studies 8 (1985): 53-62.

Chamberlin, Vernon A. "A Further Consideration of Carnal Appetites in *Fortunata y Jacinta*." *Anales Galdosianos* 20:2 (1985): 51-59.

———. "Idealism versus Reality: Galdós's Critique of Platonism in *Fortunata y Jacinta*." *Hispania* 67 (1984): 43-51.

———. "Poor Maxi's Windmill: Aquatic Symbolism in *Fortunata y Jacinta*." *Hispanic Review* 50 (1982): 427-37.

Elliott, Leota W. y F. M. Kercheville. "Galdós and Abnormal Psychology." *Hispania* 23 (1940): 27-36.

Erasmus Roterodamus, Desiderius. *Moriae encomium, id est, Stultitiae laus. Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, ordinis quarti, tomus tertius. Ed. Clarence H. Miller. Amsterdam: North-Holland, 1979.

Estébanez Calderón, Demetrio. "Naturaleza y sociedad: claves para una interpretación de *Fortunata y Jacinta*." *Textos y contextos de Galdós. Actas del Simposio Centenario de* Fortunata y Jacinta. Ed. John W. Kronik y Harriet S. Turner. Madrid: Castalia, 1994. 81-90.

Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. 1964. Tr. Juan José Utrilla. 2ª ed. 2 vols. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1991.

Garma, Ángel. "Jaqueca, seudo-oligofrenia y delirio en un personaje de Pérez Galdós." *Ficción* 19 (1958): 84-102.

Gullón, Ricardo. *Galdós, novelista moderno*. Madrid: Taurus, 1960.

———. *Técnicas de Galdós*. Madrid: Taurus, 1980.

Haddad, Elaine. "Maximiliano Rubín." *Archivum* 7 (1957): 101-14.

Holmberg, Arthur Carl. "Louis Lambert and Maximiliano Rubín: The Inner Vision and the Outer Man." *Hispanic Review* 46 (1978): 119-36.

Pérez Galdós, Benito. *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*. Ed. Francisco Caudet. 3ª ed. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1992.

Platón. *Fedro o De la belleza. Diálogos: Apología de Sócrates, Eutifrón, Critón, Fedón, Symposio, Fedro*. Ed. Eduardo Zeller. México: Universidad Nacional, 1921. 339-443.

Randolph, E. Dale A. "A Source for Maxi Rubín in *Fortunata y Jacinta*." *Hispania* 51 (1968): 49-56.

Ribbans, Geoffrey. "Dos paseos de Fortunata por Madrid y su integración dentro de la estructura de la novela." *Hispania* 70 (1987): 740-45.

———. "El carácter de Mauricia 'la Dura' en la estructura de *Fortunata y Jacinta*." *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas celebrado en Bordeauz del 2 al 8 de septiembre de 1974*. Ed. Maxime Chevalier *et al.* 2 vols. Bordeaux: Universidad de Bordeaux III, 1977. 2: 713-21.

———. "La personalidad de Maxi Rubín según el manuscrito de *Fortunata y Jacinta* en Harvard." *Galdós: Actas del Congreso Galdosiano. Centenario de* Fortunata y Jacinta. Madrid: Universidad Complutense, 1989. 591-97.

———. "Notes on the Narrator in *Fortunata y Jacinta*." *A Sesquicentennial Tribute to Galdós 1843-1993*. Ed. Linda M. Willem. Newark: Juan de la Cuesta, 1993. 88-104.

Romero Pérez, Francisco. "Abnormality as Revealed in a Structural Analysis of Galdós' *Fortunata y Jacinta*." *Discurso* 10 (1992): 137-50.

———. "The Grandeur of Galdós' Mauricia la Dura." *Hispanic Journal* 3 (1981): 107-14.

Schraibman, Joseph. *Dreams in the Novels of Galdós*. New York: Hispanic Institute, 1960.

Shoemaker, W. H. "Galdós' Literary Creativity: D. José Ido del Sagrario." *Hispanic Review* 19 (1951): 204-37.

Smith, Paul C. "Cervantes and Galdós: The Duques and Ido del Sagrario." *Romance Notes* 8 (1966): 47-50.

Sobejano, Gonzalo. "Muerte del solitario (Benito Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*, 4ª, II, 6)." Fortunata y Jacinta *de Benito Pérez Galdós*. Ed. Germán Gullón. Madrid: Taurus, 1986. 313-52.

Tsuchiya, Akiko. "Maxi and the Signs of Madness: Reading As Creation in *Fortunata y Jacinta*." *Hispanic Review* 56 (1988): 53-71.

Ullman, Joan Connelly y George H. Allison. "Galdós As Psychiatrist in *Fortunata y Jacinta.*" *Anales Galdosianos* 9 (1974): 7-36.

Urbina, Eduardo. "Mesías y redentores: constante estructural y motivo temático en *Fortunata y Jacinta.*" *Bulletin Hispanique* 83 (1981): 379-98.

Voltaire. "Éloge historique de la Raison." *Romans et contes.* Ed. Henri Bénac. Paris: Garnier, 1960. 484-92.